



Floa Fong-
un mensaje de amor para todos los niños
y un gran beso, lleno de la almibar de este cuento.
Floa Fong.



EL MISTERIOSO CASO DE LOS MARAVILLOSOS CASCOS DE DOÑA CUCA BREGANTE

Excilia Saldaña

—¡Corre, niña, ven acá! ¡Me robaron mi mata!
¡Me la robaron antes de darle su desayunito de
almíbar!

—Con ese grito desperté el 15 de abril de
1976 a sólo 3 horas 59 $\frac{1}{2}$ minutos y 32 $\frac{1}{4}$ se-
gundos de que se celebrara el “Gran Concurso
Boniatillo *in memoriam*” de dulces tradiciona-
les, en el cual, mi abuela, doña Cuca Bregante,
participaba.

Efectivamente, en el balcón de su cuarto,
justo en el sitio donde debía estar la maceta
azul con bolitas amarillas que tenía sembrada
la mata de cascos de toronja, había una man-
cha sucia y pegajosa que se adelgazaba en
cientos de manchitas, acantonadas en dos fi-
las paralelas.

Mi primera reacción fue besar la frente de
abuela. Después desarrollé tres hipótesis
de trabajo: la primera situar como sospecho-
so a Antón Pirulero, el contrincante más fuerte
que tenía mi abuela –pero que en las últimas
cuarenta ediciones del concurso jamás había
ganado–; la segunda, dejar recaer mis sospe-
chas en los vecinos; y la tercera, en las
personas que habían estado de visita en la casa
el día anterior.

—No, niña, ni pensarlo, Antón Pirulero será
un mal dulcero, pero no es un ladrón. De mis

vecinos no tengo la menor duda. No, Pachuca Pérez, querida nieta, en esta cuadra todos son personas decentes. Ni Tusa Pelusa que se muere por el majarete, ni Gata Morocha que se derriete por el jurel frito en azúcar prieta, y mucho menos Abeja Cusa serían capaces de semejante felonía.

—Felo... ¿qué?

—Fe-lo-ní-a... deslealtad, traición. ¡Mira que pensar mal de Tusa Pelusa que no le queda ni un granito de lo espléndida que es, y de Gata Morocha, la mejor trabajadora en una pescajería libre de faltante!

En cuanto a Cusa, no roba, liba... y con autorización —expresa y acuñada— de todas las flores.

—Entonces sólo quedamos tú y yo, porque ayer nadie nos visitó.

—Es verdad —exclamó y se echó a llorar con la frente apoyada en la gran mancha pegajosa que dejó la maceta azul con bolitas amarillas que tenía sembrada la mata de cascós de toronja.

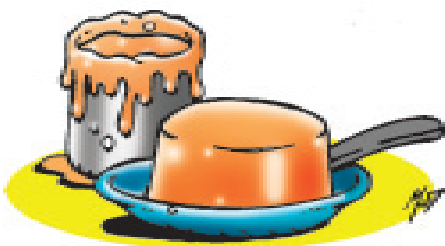
Ver llorar a mi abuela me parte el corazón y más cuando engurruña la nariz y alza la cabeza, como hizo en esa ocasión:

—Lo que más me duele es que no tuve tiempo de regarla con su almíbar. Se va a marchitar —dijo y se secó una lágrima con la lomita del hombro. Luego se pasó la mano por la frente, para deslizarla después hasta la boca y ahogar un bostezo. Pero en lugar del saludable rugidito, retumbó un grito de espanto:

—¡Nieta Pachuca Pérez, me estoy volviendo un dulce en almíbar!

¡Lo que yo digo, en mi casa no se gana para sustos! Ya no era sólo el robo, sino, además,





dejar de tener la mejor abuela del mundo para tener un postre en ropón. Demasiado para un amanecer.

—Estás nerviosa —dije temblando y la besé en la frente como hago siempre que algo catastrófico ocurre. Era cierto, mi abuela tenía sabor a una mezcla de tierra, cascotes de toronja y almíbar con su anís y su rajita de canela. Era absurdo, ilógico. Había que desentrañar esta nueva incógnita. Traté de adquirir un tono profesional y mesurado cuando le pregunté:

—¿Dónde pusiste la frente por última vez?

—En tu boca. Estás perdiendo la memoria a tu edad, voy...

—Y antes de mi boca —la interrumpí.

—En mi mano.

—¿Y antes?

—En la mancha misteriosa.

—¿Y antes?

—En tu boca acabada de despertarse.

—¿Y antes?

—¿Antes? Bueno... Ah sí, antes la tenía debajo del pelo, siempre pongo la frente debajo del pelo, incluso cuando me la pongo en la mano o debajo de tu boca o...

—¿Y no la has remojado en almíbar? —la volví a interrumpir, mirándola fijamente a los ojos.

—No, niña, la última vez que vi el almíbar fue anoche antes de acostarme. Estaba muy tranquilo en su olla y además muy caliente para remojarme la cabeza con él.

—Repite. ¿En que lugar dijiste que estaba?

—En la olla.

—En la cocina, naturalmente.

Pero —naturalmente— no estaba en la olla oreándose, ni en la tina del baño refrescándose. Se había esfumado. Otro robo: la olla estaba

vacía, puesta sobre el fogón; y frente al fogón las chancletas de palo de abuela pegadas al piso. El caso se complicaba cada vez más. Para colmo la olla tenía dos trapitos en las asas: el ladrón había sido muy cuidadoso en no dejar huellas de sus dedos.

Le sugerí a abuela que volviéramos a su cuarto y lo revisáramos con cuidado, el más pequeño indicio sería una pista que nos llevaría hasta el culpable.

Después de un minucioso reconocimiento del lugar de los hechos pudimos reunir los siguientes datos.

Datos para la reconstrucción

1. Desaparición de la maceta azul con bolitas amarillas donde estaba sembrada la mata de cascotes de toronja.

2. Aparición de una mancha pegajosa y dos filas de manchitas pegajosas en el lugar en que debía estar la maceta azul con bolitas amarillas donde estaba sembrada la mata de cascotes de toronja.

3. Desaparición del almíbar que estaba en una olla en la cocina.

4. Aparición de las chancletas de palo de abuela pegadas en el piso de la cocina delante del fogón que tenía la olla vacía de almíbar para regar la mata de cascotes de toronja que está sembrada en la maceta azul de bolitas amarillas.

5. Aparición de sabor a dulce en la frente de abuela después de apoyarla en la mancha pegajosa que apareció en el lugar donde debía estar la maceta azul con bolitas amarillas que tenía sembrada la mata de cascotes de toronja.





Otros datos de interés

1. La puerta del balcón estaba abierta, pero nadie pudo escalar por ahí, porque las maticas estaban en perfecto estado, salvo la que nos ocupaba que no sabemos si estaba en perfecto o en desperfecto estado.

2. El escaparate estaba cerrado con llave, pero faltaba:

a. El guacal de guano que tejió el tío Ortilio para guardar la maceta azul con bolitas amarillas donde estaba sembrada la mata de cascós de toronja.

b. La cinta de hiladillo *fuchia* con la que abuela pensaba hacer una moña al guacal que tejió el tío Ortilio para guardar la maceta azul con bolitas amarillas donde estaba sembrada la mata de cascós de toronja.

3. El 15 de abril de 1976 era jueves, por lo tanto el 14 de abril era miércoles.

Después de leer atentamente todos los datos, le dije a abuela:

—Por favor, déjame verte la planta de los pies.

El círculo se había cerrado, los cascós de toronja estaban en nuestras manos.

—Ven, abuela, tu mata te espera —le dije jubilosa.

Sin pérdida de tiempo seguí el rastro de la fila izquierda de pequeñas manchitas pegajosas que salían de la gran mancha pegajosa y como lo sospeché estas daban a la cocina debajo del par de chancletas de abuela. Volví al cuarto y tomé el rumbo de la derecha de manchitas, bajé la escalera (primero abrí la puerta del cuarto), atravesé el pasillo y, al fin, al lado de la puerta de la calle estaba el guacal con su moña *fuchia* y dentro la maceta azul

con bolitas amarillas donde estaba sembrada la mata de toronja.

—Pero, ¿quién hizo esto? —decía abuela perpleja.

—Con todo respeto, tú, abuela, entre las doce de la noche y las seis de la mañana; tú hiciste la moña, tú regaste la matica y tú guardaste la maceta en el guacal.

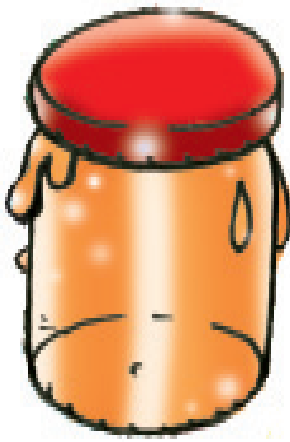
—¿Cómo?

—Me di cuenta que tu frente tenía sabor a almíbar después de que la apoyaste en la mancha pegajosa, porque antes yo te había besado y sabías como siempre a abuela. Lo comprobé cuando detectamos que el almíbar no estaba en la olla y una de tus grandes tristezas era que los casquitos no habían desayunado. Era posible que el ladrón tuviera buenos sentimientos, pero los ladrones no tienen buenos sentimientos. Además tus chancletas estaban pegadas al piso y hace tres meses que no hacemos engrudo con harina de castilla, por lo tanto tenía que ser algo pegajoso, algo *pegajoso*. A eso agrégale que el escaparate estaba cerrado con llave, pero había desaparecido el guacal y la cinta de hiladillo. Pero lo más importante era que tenías los pies sucios y tú siempre los tienes limpios y que ayer era el día de la semana que te tocaba ser sonámbula, porque hoy te toca dormir con un ojo abierto y el otro cerrado. Y como tu máxima es “nunca dejes para dentro de un rato lo que puedes hacer ahora”, enseguida pensé que cuando te dormiste seguiste trabajando y adelantaste los últimos detalles para el concurso: *Elemental*, abuela, *elemental*.

Por supuesto que mi abuela doña Cuca Bregante ganó el Gran Premio.

Ahora está envuelta en un nuevo proyecto con Antón Pirulero, Tusa Pelusa, Gata Morocha y





Abeja Cusa: una mata polivalente que dé miel, pescado frito en azúcar prieta y pirulí. Abuela es la responsable del equipo.

Yo, por mi parte, estoy escribiendo mi primer éxito policial: *El misterioso caso de los maravillosos cascos de doña Cuca Bregante*.

Pienso que algún día seré verdaderamente una buena investigadora y agarre ladrones y no abuelas sonámbulas de tres veces a la semana. Aunque creo que así es mejor y que, ojalá, nunca hubiera que coger criminales en el mundo... porque no hubieran.

¿No creen ustedes lo mismo?

